

Iglesia y misión

Reflexionando con Mackay en el camino desde Edimburgo 1910 a Edimburgo 2010

KARLA ANN KOLL

Resumen: La celebración del centenario de la Conferencia Misionera Mundial de Edimburgo 1910 nos provee una oportunidad de preguntarnos sobre la relación entre la iglesia y la misión en estos cien años desde las experiencias actuales de las iglesias en América Latina. Juan A. Mackay nos ayuda en esta reflexión. Mackay fue participante activo en los procesos, surgidos de la Conferencia de Edimburgo, que conformaron el movimiento ecuménico conciliar. Por otro lado, la visión de Mackay de la Iglesia Universal como una comunidad misionera mundial aporta criterios para evaluar la vida de las iglesias y sus acciones misioneras hoy en día.

Abstract: The centenary celebration of the World Missionary Conference held in Edinburg in 1910 provides us with an opportunity to explore the relationship

Palabras claves: Conferencia Misionera Mundial, Edimburgo, movimiento ecuménico conciliar

Key words: World Missionary Conference, Edinburgh, conciliar ecumenical movement

between church and mission during these onehundred years from the perspective of churches in Latin America. John A. Mackay helps us reflect into two ways. Mackay was an active participant in the processes that began in the Edinburgh conference and led to the conformation of the conciliar ecumenical movement. On the other hand, Mackay's vision of the Church Universal as a worldwide missionary community provides criteria for evaluating the life and missionary actions of churches today.

En junio de 2010 se celebra el centenario de la Conferencia Misionera Mundial de Edimburgo. La conferencia de 1910, que no era la primera conferencia misionera con pretensiones mundiales, fue en su momento la reunión más representativa que se había realizado. Ésta también marcó un paso muy importante hacia la conformación de los movimientos ecuménicos o conciliares del siglo XX. El comité que se formó hacía varios años para visualizar la celebración de dicho centenario propuso animar procesos de reflexión alrededor del mundo para resaltar el crecimiento de la iglesia en estos cien años y abrir nuevas perspectivas sobre la misión en el mundo de hoy. Esta ponencia pretende ser un aporte a este proceso, desde una perspectiva de América Latina, y más específicamente desde América Central.

Mi propuesta es reflexionar sobre la relación entre iglesia y misión en la actualidad, repasando algunos de los cambios vividos y pensados durante estos cien años. Dado que estos dos temas, iglesia y misión, eran muy importantes en la vida y obra del teólogo y misionero que estamos recordando en esta cátedra, el doctor Juan Mackay, quiero hacer referencia a dos textos que él escribió al inicio de los años sesenta, es decir, unos cincuenta años después de la Conferencia de Edimburgo, a mediados de este siglo de caminar de las iglesias que estamos marcando.

Para empezar, quisiera presentar algunas observaciones iniciales sobre dos realidades que debemos tener en mente a reflexionar sobre nuestro tema.

La primera realidad la podemos observar en cualquier aeropuerto de América Central, cualquier día de la semana, cualquier mes del año aunque con más frecuencia durante los meses de junio, julio y agosto. Bajan de los aviones grupos de estadounidenses o canadienses o a veces europeos, los cuales vienen para participar en experiencias cortas de misión. Muchas veces caminan con camisetas idénticas que proclaman su amor en Cristo por Costa Rica o Guatemala o Nicaragua. En la mayoría de los casos, estos viajes de misión no han sido organizados por la denominación a la cual pertenece la iglesia local. Más bien, el pastor, la pastora o algún miembro de la iglesia ha buscado contactos personales. O tal vez han utilizado una de las muchas organizaciones para-eclesiales que operan para organizar estos viajes.¹ Estos grupos, por lo general, no tienen ninguna memoria ni vínculo real con los procesos de convivencia y reflexión a nivel mundial marcado por Edimburgo 1910. Ignoran si sus iglesias son miembros del Consejo Mundial de Iglesias y si lo saben, no les importa. Para muchos y muchas participantes de estos viajes, el acto de venir a otro lugar para ayudar a otras personas define la misión. En América Central, estos grupos han creado nuevas formas de dependencia económica, como vemos en los testimonios de líderes hondureños cuyas iglesias e instituciones han dejado de recibir grupos visitantes por la crisis política que está sufriendo el país.²

Mi propuesta es reflexionar sobre la relación entre iglesia y misión en la actualidad, repasando algunos de los cambios vividos y pensados durante estos cien años.

¹ Véase, por ejemplo, las ofertas en www.shorttermmissions.com.

² Andrew Clouse, "Honduras Hiatus: Political crisis disrupts short-term missions season, prompts introspection by church leaders," (14 julio 2009), en <http://www.christianitytoday.com>.

La otra realidad que debemos mantener en mente tiene que ver con la conformación del cristianismo a nivel mundial. La persona más representativa del cristianismo en el siglo XXI es una mujer; pues las mujeres siempre hemos sido la mayoría en las iglesias cristianas. Además, es una mujer latinoamericana. Al igual que en 1910, América Latina sigue siendo el continente más cristiano del mundo, donde un gran porcentaje de su población reclama ser seguidores y seguidoras de Jesucristo. Y esta mujer latinoamericana es pentecostal. Quizá sea miembro de una denominación pentecostal clásica que apenas se estaba organizando en el momento en que se celebró la Conferencia de Edimburgo de 1910. O quizá sea de una congregación independiente, sin relaciones estructurales con otras iglesias a nivel nacional o internacional. O tal vez asista a los cultos en una de las mega-iglesias del área urbana. O tal vez ella sea parte de un número creciente de creyentes que asiste a una iglesia sólo esporádicamente, pero nutre su fe por los medios electrónicos.

Con estas dos realidades en mente, pasamos a reflexionar sobre iglesia y misión en América Latina hoy.

IGLESIA, MISIÓN Y MUNDO EN EDIMBURGO 1910³

Cuando los 1,215 delegados y delegadas oficiales, representantes de juntas misioneras y sociedades misioneras protestantes y anglicanas, asistieron a la conferencia en Edimburgo en junio de 1910, miraron

com/ct/2009/julyweb-only/128-21.0.html?start=2. Fecha de acceso: 10 de agosto de 2009

³ Una copia digital de los informes de la Conferencia Misionera Mundial se encuentra en <http://quod.lib.umich.edu/cgi/t/text/text-idx?c=genpub;idno=1936337.0001.001;cc=genpub>. Fecha de acceso: 26 de julio de 2009. Para un estudio recién de la conferencia, véase Brian Stanley, *The World Missionary Conference Edinburgh 1910*. Grand Rapids: Eerdmans, 2009.

al mundo a su alrededor con mucho optimismo. Creían ser parte de la marcha triunfal del cristianismo hacia los confines de la Tierra. Soñaron con ver la llegada del reino de Dios, un mundo cristianizado. Celebraron los avances tecnológicos, especialmente en el transporte y la comunicación, como dones providenciales de Dios para facilitar la tarea misionera. También numerosos pueblos no-cristianos ya eran gobernados por poderes coloniales que las misiones habían acompañado y bajo cuya protección estaban llevando a cabo sus esfuerzos de evangelización, aunque no sin tensiones. Quienes se reunieron en Edimburgo no vislumbraban las guerras que se acercaban, guerras que dividirían a las naciones cristianas.

Prevalcía una concepción territorial de la iglesia y el cristianismo: una visión marcada por la cristiandad. A consecuencia, quedaba excluida América Latina.

En 1910, cerca de la tercera parte de la humanidad era cristiana. Para estos líderes de los esfuerzos misioneros protestantes, el mundo estaba claramente dividido entre naciones cristianas y no-cristianas. Prevalcía una concepción territorial de la iglesia y el cristianismo: una visión marcada por la cristiandad. A consecuencia, quedaba excluida América Latina, el continente con mayor porcentaje de cristianos y cristianas en su población, como campo misionero. Como dice Luiz Longuini Neto: “América Latina estuvo presente por no estar presente.”⁴ El debate sobre la exclusión de América Latina de la Conferencia Misionera Mundial ha sido bien documentado por Arturo Piedra entre otros; y por tanto no es necesario repetirlo aquí.⁵ Entonces, sólo quiero referirme a algunos comentarios de

⁴ Luiz Longuini Neto, *El nuevo rostro de la misión*, trad. Roseli Schrader Giese. Sao Leopoldo: Sinodal y Quito: CLAI, 2006, 82.

⁵ Arturo Piedra, *Evangelización protestante en América Latina: Análisis de las razones que justificaron y promovieron la expansión protestante 1830 – 1960*, tomo I. Quito: CLAI, 2000,

Mackay sobre esta conferencia que se celebró cuando él apenas tenía once años.

No sólo los dirigentes de la iglesia inglesa rechazaron el uso del término “ecuménico” como algo que no se podía aplicar a la reunión de Edimburgo, sino que también dijeron que se negarían a asistir a la conferencia si el mundo hispano iba a ser considerado como un legítimo campo para el esfuerzo misionero del protestantismo, y si misioneros protestantes y dirigentes eclesiásticos de América Latina eran admitidos como miembros. En aquellos años, el esfuerzo misionero protestante en América Latina, y en tierras asociadas históricamente con la Iglesia Católica Romana, era considerado por la mayoría de los eclesiásticos europeos como algo meramente anticatólico. Los misioneros a esas tierras eran tildados de fanáticos, miembros de un proletariado iletrado y rústico, cuyo trabajo merecía el repudio.⁶

A lo mejor se hubiera podido acusar a Mackay de ser fanático en algunos aspectos, ¡pero nunca iletrado!

En cuanto a la relación entre iglesia y misión en los países considerados cristianos, notamos dos tendencias en Edimburgo. Al inicio del movimiento misionero moderno a finales del siglo XVIII, habían surgido las sociedades misioneras, grupos de personas, a veces de diferentes denominaciones, que se juntaron para organizar y apoyar económicamente el trabajo de misioneros y misioneras en diferentes partes del mundo. Como ha notado Orlando Costas, entre otras personas, estas sociedades misioneras siguieron el modelo de las compañías de intercambio comercial que eran fundamentales en los procesos de expansión colonial de los poderes europeos en aquel

113-161.

6 Juan A. Mackay, *Las iglesias latinoamericanas y el movimiento ecuménico*. Nueva York: Comité de Cooperación en América Latina, División de Misiones Extranjeras, Concilio Nacional de las Iglesias de Cristo en los Estados Unidos de Norteamérica, 1963, 11.

momento.⁷ Pero pronto las iglesias quieren tomar control de los esfuerzos misioneros. Una de las primeras juntas denominacionales de misiones fue de los presbiterianos de la llamada “Escuela Nueva” en los Estados Unidos, organizada en 1837. Estos líderes eclesiásticos insistían en que misión es una tarea de la iglesia; y por tanto, es demasiado importante para dejarla en manos de personas entusiastas. En Edimburgo, representantes de juntas denominacionales de misiones dominaban entre los delegados y las delegadas de América del Norte, mientras que de Gran Bretaña y el continente europeo vinieron más representantes de sociedades misioneras. El comité organizador asignó a cada junta o sociedad un cierto número de delegados según la cantidad de ingresos de cada grupo. Sólo diecisiete delegados vinieron de lo que se empezaba a llamar las “iglesias jóvenes”, todos escogidos por las sociedades misioneras o por el comité organizador.

Sería mejor si en cada lugar se estableciera una iglesia unida, sin reproducir las divisiones denominacionales que marcaban la vida de las iglesias protestantes ...

Con el mundo claramente dividido entre naciones cristianas y no-cristianas, las naciones cristianas eran las que enviaban al personal misionero, mientras otras naciones recibían a misioneros y misioneras. Había un acuerdo implícito en Edimburgo que la meta del trabajo misionero era fundar una iglesia en cada campo misionero. Estas iglesias nuevas deberían, dentro del corto o mediano plazo, poder autogobernarse, autosostenerse y autopropagarse. Sería mejor si en cada lugar se estableciera una iglesia unida, sin reproducir las divisiones denominacionales que marcaban la vida de las iglesias protestantes, especialmente en los Estados Unidos. Con suficiente

⁷ Orlando Costas, *Christ outside the Gate: Mission beyond Christendom*. Maryknoll: Orbis, 1982, 59-63.

compromiso, estos esfuerzos misioneros asegurarían la expansión continua de la iglesia. Se nota poca reflexión teológica sobre la iglesia como tal en los informes. Las personas reunidas en Edimburgo no fueron capaces de visualizar las divisiones entre protestantes que se avecinaban como las luchas entre fundamentalistas y modernistas que dividirían a iglesias y causarían tensiones en los campos misioneros.

REDESCUBRIMIENTO DE LA IGLESIA

En las décadas después de Edimburgo, la Iglesia ya llegó a ocupar un espacio importante en la reflexión de los movimientos que tomaron su inspiración de la Conferencia Misionera Mundial. A partir de la reunión del Consejo Misionero Internacional, órgano que dio continuación a la Conferencia Misionera Mundial, en Jerusalén en 1928, Mackay formaba parte de estos movimientos, aportando al pensamiento que éstos generaron. Al mismo tiempo, dichos movimientos influyeron en sus reflexiones con respecto a la misión y la iglesia. Para Mackay, era de mucha importancia en este

... se comenzaba a percibir a las fronteras como algo más que límites geográficos, superando así la concepción territorial de la cristiandad.

proceso la conferencia celebrada en Oxford en 1937 auspiciada por el Movimiento Vida y Acción sobre el tema Iglesia, Comunidad y Estado. Según él, “fue la primera reunión mundial de cristianos que usó el vocablo ‘iglesia’ en su título oficial.”⁸ También observó que en esta reunión se empezaba a utilizar el término “ecuménico” en un nuevo sentido. Señaló tres razones para este redescubrimiento de la centralidad de la iglesia. Primero, el

⁸ Mackay, *Las Iglesias*, 13.

movimiento de teología bíblica estaba subrayando la centralidad de conceptos como “pueblo de Dios”. En segundo lugar, habló de la vitalidad demostrada por las llamadas “iglesias jóvenes” de Asia, África y América Latina. Por último, hizo referencia a la resistencia que la Iglesia Confesante de Alemania estaba haciendo a Hitler en esta época.⁹ La consigna del congreso, atribuido a Mackay, fue ésta: “Que la Iglesia sea la Iglesia”. Mackay también subrayó como muy importante la distinción que la conferencia hizo entre “ecuménico” e “internacional”. Mientras el término “internacional” contiene una aceptación tácita de las divisiones políticas de la humanidad en naciones, el término “ecuménico” expresa una unidad dada a la iglesia en Cristo dentro de la historia. Dijo al respecto: “Así que el problema internacional es el de moverse de la circunferencia al centro, en la búsqueda de una base de unidad política; el problema ecuménico es el de moverse del centro a la circunferencia, dando expresión dinámica a la unidad espiritual.”¹⁰ En la actualidad hablaríamos de trasladarnos del centro hacia la periferia.

El Consejo Misionero Internacional se reunió en Madras, India en 1938 bajo el lema “La Misión Mundial de la Iglesia”. Con la presencia de numerosos delegados de las iglesias en Asia, África y América Latina, ya se empezaba a visualizar la realidad de la Iglesia de Cristo como una comunidad mundial. Cuando el Consejo Misionero Internacional logró reunirse de nuevo tras la Segunda Guerra Mundial en Whitby, Canadá, se enfocó en la universalidad de la obligación misionera, donde todas las iglesias son llamadas a colaborar como socios o compañeros en obediencia a Cristo. Entonces, se comenzaba a percibir a las fronteras como algo más que límites geográficos, superando así la concepción territorial de la cristiandad. En 1948, iglesias de varias partes del

⁹ *Ibid.*, 13-14.

¹⁰ *Ibid.*, 15.

Para estos grupos, la misión era demasiado importante para dejarla en manos de las iglesias.

mundo se reunieron en condiciones de igualdad para formar el Consejo Mundial de Iglesias (CMI): símbolo visible del ecumenismo pero no su única expresión.

El Consejo Misionero Internacional no se integró al Consejo Mundial de Iglesias hasta 1961. Varios grupos en el Consejo Misionero Internacional no querían vincular el trabajo misionero con las iglesias por temor de que éstas no abrazaran las tareas misioneras con suficiente fervor. Para estos grupos, la misión era demasiado importante para dejarla en manos de las iglesias. De hecho, varias de las sociedades misioneras del Consejo Misionero Internacional, por no ser iglesias, no iban a caber en un consejo de iglesias. La integración unificó en una sola estructura los esfuerzos para promover la unión de la iglesia y la misión de Cristo. En un movimiento paralelo, varias de las iglesias protestantes del norte reorganizaron su trabajo misionero, integrando el trabajo de las misiones en las iglesias nacionales. En la Iglesia Presbiteriana Unida de los Estados Unidos de América, por ejemplo, los misioneros y las misioneras recibieron la nueva designación de “obreros y obreras fraternales” y empezaron a servir bajo de la dirección de líderes locales. También surgieron otros cambios en este momento en la visión del CMI. La aceptación de dos iglesias pentecostales de Chile como miembros plenos del CMI en 1961 era para Mackay un símbolo de la influencia creciente del pentecostalismo en muchas partes del mundo, una influencia que transcendía las iglesias pentecostales mismas en la medida que ministros y estudiantes se iban dando cuenta de la importancia del Espíritu Santo. Así, la visión del ecumenismo visible se hacía más universal.¹¹

¹¹ John A. Mackay, *Ecumenics: The Science of the Church Universal*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall, 1964, 15-18.

LA IGLESIA PARA MACKAY

La conferencia de Oxford coincidió con un resurgimiento de la importancia de la Iglesia en la vida misma de Mackay. Su trabajo misionero en América Latina, primero con el Colegio Anglo Peruano y después con el Asociación Cristiana de Jóvenes, era más enfocado en promover la formación de jóvenes con valores protestantes que en organizar y animar a iglesias locales.

En Jerusalén en 1928, donde el trabajo misionero protestante en América Latina recibió el reconocimiento oficial del Consejo Misionero Internacional, Mackay fue invitado a disertar sobre la situación religiosa en América Latina. En aquel momento afirmó que el problema básico que confrontaba el trabajo misionero en América Latina era la secularización. Resumió su visión del trabajo misionero así: “Nuestra tarea como cristianos evangélicos era la de dar significado y pertenencia a las más elementales realidades cristianas, la Biblia, Cristo, la vida cristiana y la conducta.”¹² La iglesia no aparece en la lista.

Según su propio testimonio, Mackay había pasado por un periodo de sentir cierta desesperación respecto a la iglesia. Había escrito sobre la posibilidad de ser un “cristiano ecuménico”, es decir, un seguidor fiel de Jesucristo sin pertenecer a ninguna iglesia particular.¹³ Pero en algún momento nació en él un anhelo de ver a la iglesia convertirse en su existencia histórica en un instrumento dinámico de la voluntad

*... nació en él un
anhelo de ver a la
iglesia convertirse en
su existencia histórica
en un instrumento
dinámico de la
voluntad de Dios
en el mundo.*

¹² Mackay, *Las Iglesias*, 12.

¹³ Mackay, *Ecumenics*, 27.

de Dios en el mundo.¹⁴ Así que intentó fundar una nueva ciencia teológica: *ecumenics* o la ciencia de lo ecuménico, a fin de orientar a las iglesias que ya se encontraban en las fronteras de la *oikumene*. Esta ciencia estudiaría “todo lo que concierne a la naturaleza, funciones, relaciones y estrategia de la Iglesia universal cuando se concibe como una comunidad misionera mundial”¹⁵ Mackay estableció una cátedra en *ecumenics* en el Seminario Teológico de Princeton en 1937, la cual ocupó hasta su jubilación en 1959. Después Richard Shaull y Luis Rivera Pagan, entre otros, ocuparon esta cátedra.

Mackay distinguió esta nueva ciencia de la eclesiología, que intenta entender la Iglesia teológicamente. En cambio, la tarea de *ecumenics* es formular “una estrategia para la confrontación de la Iglesia con el mundo.”¹⁶ Tiene una mirada prospectiva, hacia adelante, es decir, enfocada en acción militante de la Iglesia en el presente dando forma al futuro.¹⁷ Su visión para esta nueva ciencia no era simplemente pragmática, sino respondía a una búsqueda de lograr una unidad espiritual en la Iglesia para la misión de Cristo.¹⁸

Mackay notó que la iglesia existe como una realidad empírica en varios niveles: como una estructura física donde los cristianos y las cristianas se reúnen, como la congregación local, como una tradición religiosa, y como una jerarquía eclesiástica. No obstante, le interesaba en mayor grado la Iglesia como una realidad espiritual, mundial en su dimensión: la Iglesia Universal. Por primera vez en la historia, la iglesia había llegado a ser geográficamente universal. Los cristianos

¹⁴ *Ibid.*, 5-6.

¹⁵ *Ibid.*, viii.

¹⁶ *Ibid.*, 29.

¹⁷ *Ibid.*, 30.

¹⁸ *Ibid.*, 27.

y las cristianas de su tiempo conformaban “la más grande, la más diversa, y la más extendida fraternidad religiosa que jamás se haya visto en la historia.”¹⁹ Esta expansión era el resultado del movimiento misionero. En muchos lugares los misioneros y las misioneras se habían identificado con la cultura local, mientras que en otros habían actuado como agentes de poderes políticos, imponiendo una cultura y una religión.²⁰ Pero la Iglesia, en cualquiera de sus expresiones, sería universal sólo en la medida que fuera una comunidad misionera, no teniendo como su fin ella misma, sino buscando servir los propósitos de Dios en el mundo.²¹

Por primera vez en la historia, la iglesia había llegado a ser geográficamente universal.

Entonces para Mackay, la iglesia es la comunidad de las personas que tienen a Jesucristo como su Señor. Su imagen favorita para la iglesia es la *koinonia* en el camino: “Sólo como una comunidad móvil y dinámica, una *koinonia* en marcha en cada país y en cada cultura, podría la iglesia cristiana alcanzar su destino y cumplir la misión que Dios le ha dado. Sólo así llegaría a ser verdaderamente ecuménica.”²² Todos los niveles de la iglesia empírica deben vivir en este dinamismo.

Mackay identificó cuatro funciones para la iglesia que anda en el camino. La primera función tiene que ver con la adoración, es decir, la respuesta que debemos como seres humanos dar a Dios por el amor que hemos recibido. Este misionero presbiteriano se había

¹⁹ *Ibid.*, 49.

²⁰ *Ibid.*, 50.

²¹ *Ibid.*, 44.

²² *Ibid.*, 92.

Mackay identificó cuatro funciones para la iglesia que anda en el camino: adoración, profética, redentora y unificadora.

quedado muy impresionado con las iglesias pentecostales en Chile, que reunían a personas marginadas, formando iglesias en las cuales la experiencia de la adoración jugaba un papel central.²³ La segunda es profética y significa ver la vida entera de los seres humanos a la luz de Dios. Por tanto, la iglesia debe asumir lo que él llamaba una “centralidad dinámica”.

Esto no es quedarse en el centro del camino, en una postura de neutralidad, mirando ni para la derecha ni para la izquierda, sino mantener a Jesucristo en el centro de la fe. El evangelio mismo moverá a las personas que lo toman en serio hacia las fronteras, hacia las orillas del camino.²⁴ También la iglesia cumple una función redentora porque es mediadora del amor de Dios en el mundo. Debe comunicar las buenas nuevas en su proclamación y en su vida en las fronteras. No es suficiente enviar a misioneras y/o misioneros con tareas específicas, sino que la iglesia debe ser misionera en toda su existencia.²⁵

La cuarta función que identifica Mackay es la que más nos interesa en esta ponencia. Me refiero a la función unificadora. Señaló cuatro aspectos o marcas de esta función. Como primer distintivo, insistió en que la búsqueda de unidad debe ser parte de cada congregación, denominación y tradición cristiana: el amor de Cristo lo requiere. En segundo lugar, la unidad únicamente se puede lograr en misión. En la actividad misionera de la iglesia cada miembro debe descubrir su lugar y su papel como parte del propósito de Dios y como parte de la iglesia. Asimismo dijo que la iglesia debe ser como Dios,

²³ *Ibid.*, 110.

²⁴ *Ibid.*, 159.

²⁵ *Ibid.*, 162-166.

reflejando la comunidad de la Trinidad como modelo para su propia vida. Como último aspecto, Mackay usó el término “man-likeness” para lo que hoy llamaríamos diversidad. Con este término, se refería a la disposición de abrazar la variedad de maneras en que hombres y mujeres de diferentes razas y en distintas situaciones políticas viven su fe en Jesucristo. Afirmó que la diversidad no es el resultado del pecado, sino parte del plan eterno de Dios.²⁶

Cada tradición cristiana manifiesta su propia manera de entender la unidad. Estas distintas visiones pueden ser complementarias, excepto en el caso de exigir una unidad orgánica en una sola institución, como insistía la Iglesia Católica Romana. Al hablar de las diversas familias de iglesias cristianas, hizo mención especial otra vez del pentecostalismo y se refirió a éste como “el redescubrimiento del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia y en la vida de los cristianos y las cristianas.” Mackay calificó a este fenómeno como “la primavera de Dios”.²⁷

IGLESIA Y MISIÓN HOY EN DÍA

Antes de explorar cómo la visión de la Iglesia Universal ofrecida por Mackay puede ayudarnos a entender la misión hoy, es necesario mencionar algunos aspectos del contexto actual. Los procesos de la globalización están endureciendo algunas fronteras y borrando otras, abriendo más la brecha entre ricos y pobres. Como ha señalado la misionóloga Dana Robert en un artículo recién sobre la Gran Comisión y la globalización, el discurso cristiano, la predicación sobre

²⁶ *Ibid.*, 190.

²⁷ *Ibid.*, 198.

el Reino de Dios, es globalizante.²⁸ Solamente tenemos que pensar en el lema del Movimiento de Estudiantes Voluntarios a final del siglo XIX: “La evangelización del mundo en esta generación”. Así pues, la globalización no es meramente el contexto en que hacemos misión hoy, sino un contexto que hemos ayudado a crear.

El mapa del cristianismo mundial ha cambiado mucho desde 1910. Hoy en día aproximadamente el mismo porcentaje de personas en el mundo se identifican como seguidores de Jesús como hace un siglo, una tercera parte de la humanidad. Pero su distribución ha cambiado; ahora la mayoría vive en el sur, no en los países nordatlánticos. Los cambios más drásticos han ocurrido en las décadas posteriores de la publicación del libro de Mackay sobre *Ecumenics* en 1964, con el crecimiento de las iglesias en África y Asia. El cristianismo no ha experimentado una expansión lineal, como esperaban las personas reunidas en Edimburgo, sino por lo contrario, los centros de vitalidad se han movido hacia el sur. Un historiador secular, Philip Jenkins, destacó este fenómeno que misionólogos y misionólogas ya habían señalado. Lo que llama atención es el título del libro

... *la globalización no es meramente el contexto en que hacemos misión hoy, sino un contexto que hemos ayudado a crear.*

de Jenkins, *La próxima cristiandad: El advenimiento del cristianismo mundial*.²⁹ Prevalece todavía una concepción territorial del cristianismo. A pesar de los cambios en la distribución de cristianos y cristianas en el mundo, América Latina sigue siendo el continente más cristiano, pero las formas del cristianismo se han diversificado mucho. Por ejemplo, comunidades indígenas

²⁸ Dana Robert, “The Great Commission in an Age of Globalization,” en Daniel Jeyaraj, et.al, eds. *Antioch Agenda: Essays on the Restorative Church in honor of Orlando Costas*. New Delhi: ISPCK, 2007: 5-22.

²⁹ Philip Jenkins, *The Next Christendom: The Coming of Global Christianity*. Oxford: Oxford University Press, 2002.

y afro descendientes están buscando vivir su fe en Cristo desde sus propias culturas. En muchos lugares el pentecostalismo sigue creciendo. Además, en décadas recientes han surgido nuevas formas de iglesia, cuyos miembros reclaman vivir como hijos e hijas del Rey en lugar de soñar con el Reinado de Dios.

Ahora se promueve la iglesia local como el agente privilegiado de misión.

Junto a la globalización y quizá como reacción frente a ella, se está experimentando un movimiento de descentralización. Existe una desconfianza profunda hacia estructuras centralizadas, sean políticas o eclesiásticas. Por tanto, hay menos recursos canalizados por estas estructuras centralizadas. Esto es muy mala noticia para las juntas denominacionales y las entidades ecuménicas. Ahora se promueve la iglesia local como el agente privilegiado de misión.

Se nota también una polarización alrededor de la manera de entender la misión. Mientras Mackay y otros líderes de las iglesias protestantes históricas de América del Norte estaban aunando esfuerzos para lograr la unidad visible en el movimiento conciliar y reorganizando el trabajo misionero de sus denominaciones para trabajar en conjunto con iglesias y agencias en diferentes partes del mundo, otros grupos evangélicos del norte estaban enviando más y más personal misionero a diferentes partes del mundo. Estas agencias misioneras enfocaban sus esfuerzos en la evangelización de pueblos designados por estos grupos como no alcanzados. Hay iglesias cristianas y grupos cristianos que se llaman “de la Gran Comisión”, implicando así que hay otros grupos que no lo son. En los términos de la Iglesia Universal, son grupos que enfatizan las funciones redentora y de adoración de la iglesia, pero niegan las funciones proféticas y unificadoras. En 1963, Mackay lamentó que en América Latina muchos protestantes creían que necesitaban

escoger entre ser ecuménicos o evangélicos.³⁰ Dicha polarización se agudizó en las décadas siguientes y aún se siente en varios países.

Otro fenómeno notable al inicio del siglo XXI es la globalización de la fuerza misionera en el mundo. Misioneros y misioneras del sur están yendo a muchos lugares. La Cooperación Misionera Iberoamericana, COMIBAM, con su lema “De campo a fuerza misionera” representa este movimiento. COMIBAM nació en 1987 de un congreso convocado por la Confraternidad Evangélica Latinoamericana (CONELA), una organización establecida en oposición a los esfuerzos ecuménicos en América Latina.³¹ Para 2006, COMIBAM identificó 462 organizaciones iberoamericanas que estaban enviando personal misionero. De un total de 8748 misioneros y misioneras, 6729 estaban trabajando fuera de su propio país y 2019 adentro de su propio país. Casi la mitad de estos misioneros y misioneras estaban sirviendo en América del Sur, América Central o en México.³² Estos grupos tienden a medir la fidelidad de las iglesias según el número de misioneros y misioneras que tienen trabajando fuera de su país, igual que la conferencia de Edimburgo en 1910. Este movimiento introduce la dicotomía entre iglesia y misión, la cual no existía en muchas congregaciones surgidas de esfuerzos misioneros. Reduce de nuevo la misión a la evangelización en otro lugar o entre otra cultura. Una vez más, el objetivo de la misión se concibe como fundar una congregación local, reproduciendo la iglesia que envió a los misioneros y las misioneras. Un buen ejemplo es el esfuerzo de la Iglesia de Dios del Evangelio Completo de Guatemala de fundar una nueva iglesia en Guadalajara, México.

³⁰ Mackay, *Las iglesias*, 21.

³¹ “¿Qué es COMIBAM?” Disponible en <http://www.comibam.org/queescomi.htm>. Fecha de acceso: 10 de agosto de 2009.

³² “El movimiento misionero iberoamericano catálogo de 2006”. Disponible en http://www.comibam.org/transpar/_menu/esp/web4-ib.htm. Fecha de acceso: 10 de agosto de 2009.

¿UNA EXPERIENCIA DE LA IGLESIA UNIVERSAL?

Ahora queremos preguntarnos qué sucede cuando el grupo que se baja del avión se encuentra con la mujer pentecostal centroamericana en su congregación local. ¿Sería una experiencia de la Iglesia Universal tanto para el grupo visitante como para la congregación visitada? O, para formular la pregunta de otro modo, ¿bajo cuáles condiciones podría convertirse este encuentro en una experiencia de crear conciencia en los y las participantes de ser parte de la Iglesia Universal de Cristo? Las cuatro funciones que Mackay identificó para la iglesia en el camino nos ayudarán a construir nuestra respuesta.

En cuanto a la función de la adoración, los y las visitantes experimentan brevemente otra manera de vivir la fe cristiana y de adorar a Dios. En diversas ocasiones se quedan muy impresionados e impresionadas por el entusiasmo expresado en los cultos pentecostales. “¡La iglesia es tan viva aquí!” exclaman, al comparar la adoración pentecostal en alguna localidad en América Central con los cultos dominicales en las iglesias de donde han venido. Pero, ¿qué ocurre con la congregación visitada? ¿Aprenden algo sobre cómo sus hermanos y hermanas experimentan el amor de Dios en sus vidas cotidianas y adoran a Dios en sus congregaciones? Para que los y las visitantes no se encuentren en la postura de turistas religiosos apropiándose de las experiencias de otras personas para su propio crecimiento espiritual, debe haber espacios de intercambio donde los y las visitantes también pueden compartir algo de sus perspectivas sobre la fe y la adoración.

Ahora bien, ¿qué podemos decir sobre la función profética? Los procesos de globalización, que facilitan posibilidades de viajar para algunos grupos mientras que otros grupos experimentan el empobrecimiento, hacen posibles estas experiencias cortas de misión. Representan una privatización de la misión; ya no es un esfuerzo colectivo que representa una denominación, sino un afán de un grupo

*Representan una
privatización de la
misión ... estos grupos
pueden viajar y cruzar
fronteras físicas,
sin cruzar fronteras
mentales.*

pequeño que se interesa en viajar a un lugar específico. De este modo, estos grupos pueden viajar y cruzar fronteras físicas, sin cruzar fronteras mentales. Muchas veces estas mismas personas no cruzan las fronteras que tienen más cerca; no conocen ni las iglesias pentecostales en su vecindad, ni a los y las inmigrantes latinoamericanos que viven en sus propias comunidades. Entonces, para los y las visitantes, ¿el contacto con personas viviendo en la pobreza provoca acciones proféticas en contra de los sistemas que empobrecen? Por otro lado, para la comunidad visitada, ¿el contacto con cristianos y cristianas de otros lugares les inspiran en sus intentos de organizarse para mejorar sus condiciones de vida o les convierten en mendigos, esperando regalos de afuera para resolver sus problemas más inmediatos? El contacto entre grupos de cristianos y cristianas que ocupan espacios muy distintos en las asimetrías de poder generadas por la globalización puede asumir una función profética si las relaciones construidas forman alianzas para luchar a favor de la vida. Un ejemplo de esto lo constituyen las redes contra el hambre y la pobreza que la Iglesia Presbiteriana de los EEUU ha impulsado junta con organizaciones e iglesias en varios países latinoamericanos como Bolivia y Perú, entre otros países del mundo.

Así pues, llegamos a la consideración de la función redentora de la iglesia. Si el grupo visitante cree que la misión consiste en el acto de viajar a otro lugar y/o en hacer algo para alguien, convierte a la mujer visitada y su congregación en objeto de la misión. No la ve a ella ni a la congregación como sujetos de la misión, aun cuando la congregación sirva muy activamente a la comunidad en su alrededor. Para que este encuentro afirme el hecho de que todos los cristianos y todas las cristianas son llamados a participar en

la misión de Dios, la visita se debería pensar y planificar como una oportunidad de colaborar en misión.

Finalmente, ¿son una expresión de la función unificadora de la iglesia en el camino estos encuentros entre cristianos y cristianas de distintas latitudes? Pareciera que sí, sólo por el hecho de juntar personas de distintas culturas y distintas tradiciones cristianas. Pero por otro lado, estos encuentros manifiestan un ecumenismo privado o privatizado, no mediado por las estructuras que hemos llamado ecuménicas. El peligro es que estos encuentros se quedan a nivel de relaciones bilaterales entre congregaciones en lugar de promover reflexión sobre y compromiso con la Iglesia de Cristo en todo el mundo. Hace varios años hablé con Marian McClure, en aquel entonces la directora de Ministerios Globales de la Iglesia Presbiteriana de los EEUU, sobre los avances del Diálogo Reformado-Pentecostal que había celebrado varias reuniones. Pensé en los centenares, si no miles, de presbiterianos y presbiterianas que han tenido experiencias con congregaciones pentecostales en América Central. ¿Será que ellos y ellas ya se entienden y se reconocen más como parte de la Iglesia Universal soñada por Mackay?

Y para nosotros y nosotras, ¿qué papel juega la Iglesia Universal, la iglesia como una comunidad misionera mundial, en nuestra visión, en nuestro quehacer, en nuestra reflexión teológica?



Karla Ann Koll es profesora adjunta de la UBL, asignada al Centro Evangélico de Estudios Pastorales en Centroamérica (CEDEPCA) en Guatemala.

